

Todas las guerras son distintas: el Líbano, Israel y la maduración de la crisis de la Gran Asia occidental

Fred Halliday

Profesor en la London School of Economics

Guerra sin nombre

Todas las guerras son diferentes, pero algunas son más diferentes que otras. Este es el caso de la reciente guerra entre Israel y sus vecinos, librada en el Líbano entre julio y agosto de 2006. Esta guerra fue inesperada, pero llevaba mucho tiempo fraguándose. Resultó ser explosiva en sus consecuencias inmediatas y de largo plazo, y tiene similitudes con otros conflictos en la historia reciente de la región. Pero también es cierto, que en algunos aspectos muy relevantes es muy distinta de cualquiera de otras anteriores. Ha sido algo más que una guerra entre árabes e israelíes, del tipo de las cinco que ya se han librado desde 1948. Y algo más que otro capítulo de las guerras del Líbano, que empezaron en 1975-1976, y que se prolongaron hasta 1990. Y aunque esté indudablemente relacionada con las guerras que surgieron tras la Revolución iraní de 1979 en distintas partes de la región, tanto en el Líbano como en Irak, también es algo más que eso. En el hecho de que a esta guerra no se le haya dado un nombre claro en ninguno de los bandos, en contraste con los casos anteriores –la Guerra de la Independencia/la Catástrofe (1948-1949); la Guerra de los Seis Días/el Desastre de junio (1967); la Guerra de Yon Kippur/Ramadán (1973)– es una indicación de sus múltiples dimensiones, y de la confusión que la rodea. Es parte de una pauta de conflictos regionales separados, que en torno a la última década han ido conformando una nueva pauta mucho más integrada, lo que a falta de una mejor expresión he dado en definir como “la crisis de la Gran Asia Occidental”.

Es una guerra por la supremacía y la supervivencia en la región en su conjunto, una guerra que se produce en el espacio que surge de nuevo y de forma estratégica en la gran Asia occidental

Aunque sus raíces se remontan a finales de la década de los setenta, debido a su relación original con los conflictos en el resto de la región, esta última guerra marca el inicio de una nueva fase de incertidumbre en Oriente Medio. No es la continuación, ni mucho menos el fin, de las décadas de guerras y convulsiones que la han precedido. Por este motivo no tiene sentido el preguntarse por el ganador o el perdedor: ninguna de las partes ha alcanzado sus objetivos máximos, pero esta nueva fase del conflicto no ha hecho más que empezar. Todo indica que Israel se está preparando para una segunda guerra contra Hezbolá, y mucho más larga y costosa, bajo la ilusión de que puede “terminar la tarea” que no logró rematar en el 2006. Por su parte ni Irán, ni Siria ni sus aliados en la región muestran indicios de que vayan a disminuir el grado de hostilidad hacia el Estado judío. No es simplemente un conflicto entre Israel y un grupo armado en el Líbano. Es en una única frase, una guerra por la supremacía y la supervivencia en la región en su conjunto, una guerra que se produce en el espacio que surge de nuevo y de forma estratégica en la gran Asia occidental, expresión que incluye al mundo árabe, al igual que la zona oriental de Irán, Afganistán y Pakistán. Las causas y efectos de la guerra en el Líbano se dejarán sentir por toda esta región, desde Beirut hasta Kabul, y Mumbai. Pese a las obvias diferencias que puedan señalarse, y sin duda a menor escala, se asemeja más a la guerra europea que estalló en 1914, otro conflicto regional que fue planeado detenidamente, aunque estallara repentinamente, casi de casualidad, pero que una vez en marcha atrajo hacia sí a todas las potencias de la zona, y que a largo plazo supuso unas nefastas consecuencias para muchos.

La interconexión de los conflictos: mitos y realidades

El primer problema que esta guerra plantea es evaluar hasta que punto están interrelacionados los distintos conflictos de la región. “En Oriente Medio la gente siempre mezcla todo con todo”. Esta queja, ya familiar, se escucha tanto en la región como fuera de ella, y se ha oído en las décadas recientes cuando los políticos y los comentaristas en Oriente Medio intentan ubicar los acontecimientos de países individuales o de sub-regiones, en un contexto más amplio, ya sea regional o incluso global. Los israelíes lo hacen con referencia al papel iraní, el Presidente Assad de Siria lo hizo así en su discurso en Damasco el 15 de agosto de 2006, en el que vinculaba la guerra del Líbano con la de Irak.

Las opiniones sobre las interconexiones regionales han sido durante mucho tiempo parte de la retórica de la región: así, las diferentes fases del conflicto árabe-israelí, las guerras entre Irán e Irak, la revo-

lución en Yemen, la guerra civil en Sudán o en Argelia, sin olvidar los precios del petróleo, diversos asesinatos y el auge de los partidos islamistas y de los grupos guerrilleros, han sido todos vistos como parte de algún esquema mayor, o incluso de “complots”, agendas ocultas, o teorías de la conspiración. Cuando Saddam Hussein invadió Kuwait en 1990 habló de la “conexión” entre este hecho y la Intifada palestina que había estallado tres años antes, mientras que el desaparecido rey Fahd de Arabia Saudí percibió la ocupación iraquí de sus vecinos como parte de una estrategia “cerco Hachemita” que incluía Irak, Jordania, la OLP y Yemen.

Toda esta labor de asimilación de los hechos locales o nacionales en un único patrón regional, en una región compuesta por 25 estados, es evidentemente absorbida en sí misma, cuando no exacerbada, por la relación inmediata que se establece entre lo que está ocurriendo en cualquier parte de Oriente Medio con los procesos internacionales o globales. En décadas anteriores tales procesos podrían ser la guerra fría, la supuesta conspiración global “sionista”, o incluso las maquinaciones perpetuas de las viejas potencias imperiales, Gran Bretaña y Francia o, más recientemente, de la “globalización”. Esta última fue percibida, a su vez, como un mero capítulo adicional del proyecto colonial-imperial, como lo fue el “Plan Peres” del inicio de la década de los noventa, junto con la maliciosa, si no destructiva, política de “Promoción de la democracia” de Estados Unidos de los primeros años 2000, al igual que otros muchos hechos.

Hasta la década de los noventa la mayoría de las referencias a la “interconexión” y a la existencia de una única “región” y a sus interrelaciones fueron exageradas. En los últimos sesenta años, aproximadamente desde la independencia de los estados árabes después de la Segunda Guerra Mundial y la primera guerra originaria árabe-israelí de 1948-1949, la actitud escéptica y el análisis desagregado ha sido en gran medida lo correcto. A los israelíes les gustaba proclamar en su autocomplaciente relato de la guerra de 1948-1949, que su nuevo Estado fue “invadido por las fuerzas armadas de ocho países”, dando la impresión que habían sufrido la acometida de toda la región. En realidad, sólo tres países, aquellos que eran fronterizos con Palestina, —es decir Egipto, Siria y Jordania— enviaron fuerzas de alguna relevancia. Por otro lado, los apologistas del lado árabe llevan décadas culpando al “Sionismo” de todos los problemas de la región, como la corrupción, el desempleo, el islamismo, o la falta de democracia. Sin embargo, de hecho tanto Israel como el conflicto árabe-israelí han tenido poco o nada que ver con estos problemas. Acontecimientos importantes en la región, como la guerra turco-kurda, la revolución iraní o el auge y caída de la violencia en Argelia tuvieron poco que ver con el contexto regional. Además, en el anterior contexto histórico de la región, el estallido de la guerra entre Irán

Por primera vez los países y los acontecimientos individuales se inscriben en una pauta regional más amplia y determinante

e Irak en 1980, e incluso la revolución iraní de 1978-1979, tuvieron poco que ver con el conflicto árabe-israelí, y menos aún la guerra en el sur de Sudán. Las elites del Golfo a menudo echan la culpa de todos sus problemas a Israel, cuando las causas de su inseguridad descansan en las inciertas e incluso siempre inestables relaciones que mantienen entre sí las tres principales potencias en el Golfo, Irán, Irak, y Arabia Saudí. En realidad sería igual que atribuir el resultado de unas elecciones en España o Portugal a los acontecimientos en Polonia o en Ucrania.

El problema es que, por primera vez desde la década de los noventa, esta vez sí es cierto que los países y los acontecimientos individuales se inscriben en una pauta regional más amplia y determinante. No es posible comprender lo que está pasando hoy en día, y menos aún lo que pasará, entre el Líbano e Israel, o en Irak o Afganistán, o incluso en Turquía y Libia, sin contemplar estos hechos en un contexto regional más amplio, e incluso, en cierta medida, en el contexto global, entendiéndolo que este último incluye, por una parte, la política de Estados Unidos, y por otra parte, los intereses cambiantes y el poder de Estados emergentes, como Rusia, India y China. En estos últimos años se ha hecho mucho más evidente la “interconexión” del Golfo Pérsico con el conflicto árabe-israelí, o de la política en Turquía con lo que ocurre en un mundo árabe del que ese país había estado casi totalmente aislado; del lejano Afganistán con las políticas de Irán y de los estados árabes; y de Pakistán con el conjunto de Oriente Medio. Por ello, una de las consecuencias de la guerra entre el Líbano e Israel en el verano de 2006 fue que aumentasen las preocupaciones de Arabia Saudí respecto a la creciente influencia de Irán en el mundo árabe, mientras que simultáneamente los chiíes en Irak se envalentonaron gracias a las hazañas de Hezbolá, y los israelíes comenzaron a hablar más seriamente de –y se supone que a planear– un ataque aéreo contra Irán.

La crisis de Asia Occidental tiene diversas dimensiones. Es en primer lugar, una realidad que afecta a Estados que observan sus respectivos programas nucleares y de otro tipo, y que reaccionan en consecuencia. Sin embargo, también es una realidad para los grupos de oposición y los grupos militares que operan en diferentes Estados de la región, sea en Palestina, en el Líbano o en Irak, y lo es para la opinión pública, en la era de la televisión por satélite. En tercer lugar, es una realidad para el mundo exterior, particularmente para los Estados Unidos y Europa, que están tratando de contener y gestionar las tensiones en la región, prácticamente sin ningún éxito. El resultado es algo que se puede ver en una pantalla grande, necesariamente muy grande, en la que se disponen las diferentes guerras individuales y las crisis que conforman lo que es la nueva “Gran Asia Occidental”.

Una nueva coyuntura regional

Sin duda, las cosas son ahora distintas, porque la mayoría de los conflictos y tensiones en la región están interconectados de una manera antes nunca vista. Ahora se puede hablar, si caer en una simplificación regional exagerada, de una crisis o de una guerra que abarca la región en su conjunto –por ejemplo los estados árabes, Irán e Israel– y asimismo se puede hablar de una región que en estas últimas décadas ha cambiado, y cuya extensión se ha incrementado de tal forma, que los acontecimientos de áreas hasta ahora remotas como Afganistán y Pakistán, y por consiguiente Cachemira, han llegado a estar por primera vez conectadas a las relaciones interestatales del mundo árabe y de Israel. Pocos han notado cómo, en algunos sentidos, la “región” se ha encogido en las últimas décadas: los asuntos de Etiopía y Eritrea, en su momento vistos como parte de Oriente Medio, e implicando, como lo hicieron, a los árabes e Israel, han dejado de estar tan conectados; ídem para los acontecimientos del Sahara Occidental. Sin embargo, incluso aquí, con el auge de las fuerzas islamistas en Somalia, y la internacionalización de ese conflicto en 2006-2007, esta región también ha vuelto a ser parte del marco regional en su conjunto. Se podría considerar que el proceso contrario, de ampliación, ha sido más importante. Efectivamente, desde mediados de la década de los noventa ha surgido una nueva región, que no se limita a ser un Oriente Medio, si no una “Gran Asia Occidental”. De ahí que lo que parecían ser conflictos individuales –la invasión de Irak por parte de Estados Unidos en el 2003, la crisis en Afganistán, la actual guerra entre Israel y el Líbano– están conectados, y se retroalimentan los unos a los otros.

Por encima de sus múltiples dimensiones, afecta a Oriente Medio en sí, y en lo referido a las potencias extranjeras en sus relaciones hacia la región, este cambio también resulta visible en la nueva conciencia panislámica que une causas árabes y no árabes (por ejemplo, los intereses militantes de Arabia Saudí y de los árabes sunníes en Chechenia, Bosnia y Cachemira) y ello es también evidente entre los jóvenes musulmanes que viven en Europa, con efectos espectaculares en determinados momentos. No deberíamos exagerar el nivel al cual la solidaridad con otros musulmanes “en lucha” ha llegado a ser ahora la principal, e incluso única, identidad para jóvenes musulmanes en Francia o Gran Bretaña: estas personas mantienen sus identidades nacionales específicas, y también otras identidades. Sin embargo el crecimiento de otras identidades, no tanto en “lugar de”, sino, “además de”, el sentido de una *umma* militante, de una comunidad de creyentes musulmanes, es un fenómeno significativo y potencialmente duradero.

El surgimiento de lo que yo, por mi parte, he denominado la “Gran Asia Occidental”, se refleja especialmente en la retórica y en el marco político de la política de los Estados Unidos desde 2001. Como un ejemplo más de la necedad que Washington pretende enmarcar como “Gran Estrategia”, Bush ha hablado de una “Iniciativa del Gran Oriente Medio”, diseñada para promover la democracia y el libre mercado en la región. Sin embargo, su “Gran Oriente Medio”, si bien incluye a Afganistán, como debe hacerlo para los propósitos de su “Guerra contra el Terrorismo”, sintomáticamente excluye al país más responsable que cualquier otro de extender el terrorismo, el fundamentalismo islámico, la proliferación nuclear, y una corrupción avariciosa y mezquina, por toda la región, el “estado canalla” *par excellence*, que es Pakistán. Cuando los futuros historiadores quieran saber por qué Irán decidió seguir adelante con su programa nuclear, concluirán que en gran medida se debe a la decisión pakistaní de realizar pruebas con armas nucleares en 1998; si además quieren saber quién organizó, promovió, financió y ciertamente, quién protege aún a los talibanes y Al Qaeda, la respuesta es la misma. Cuando los talibanes fueron expulsados de Afganistán en 2001, se asumió que ello determinaría una victoria permanente de Estados Unidos y la OTAN en Afganistán. Pero desde 2004 y hasta el momento, y no menos bajo la influencia de otros dos acontecimientos “regionales”, como la crisis de la política de Estados Unidos en Irak, y el acercamiento de Washington a Nueva Delhi, Pakistán tomó la decisión de rearmar y movilizar a los talibanes, quienes a principios de 2007 han llegado a tener una posición mucho más sólida, y potencialmente decisiva, dentro del mismo Afganistán.

Aquí radica la significación, junto con el pronóstico de largo plazo, de la guerra entre Israel y Hezbolá del verano de 2006. Naturalmente, muchos en el mundo árabe y en Israel han puesto esta guerra en el contexto de las guerras previas entre árabes e israelíes, que ya sumaban no menos de cinco (1948-1949, 1956, 1967, 1973, 1982). Hay elementos para esta comparación: esta guerra es comparable a la de 1948-1949 por el grado de inseguridad que generó en las ciudades israelíes y por el vínculo entre la resistencia palestina en Gaza y la intervención extranjera (en este caso de Hezbolá); es comparable a la guerra de 1982 ya que también incorporó una intervención de gran escala por parte de Israel en el Líbano; es así mismo comparable, a las de 1956, 1967 y 1973 por el hecho de que la guerra fue llevada ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y que fue interrumpida en el marco de una Resolución del Consejo de Seguridad. A muchos israelíes y árabes de más edad, por no mencionar a los observadores occidentales entrados en años, se les puede perdonar el sentimiento de que ellos ya habían vivido todo esto; es como si un pariente alcohólico, aparentemente resignado a seguir sin beber, haya decidido una vez más volver a la botella: el estómago se retuerce, pero uno sabe ciertamente dónde se encuentra.

Sin embargo, la guerra del verano de 2006 no fue solamente la sexta guerra árabe-israelí, un resurgimiento de la guerra civil libanesa, o la internacionalización de la segunda Intifada palestina, ni dejó de ser otro zarpazo de la “Guerra Global Contra el Terrorismo. Aunque fuera todas estas cosas, fue ante todo un episodio, con mucha diferencia el menos sangriento, de otro conflicto más amplio y más prolongado, uno que tiene múltiples centros –Afganistán, Irak y ahora el Líbano-, que involucra a una coalición en rápida evolución de estados regionales con movimientos sociales y políticos, y que ha estado en curso desde finales de la década de los 1970 –y ahora tenemos la ventaja de poder verlo retrospectivamente tras más de dos décadas–, particularmente desde los dos hechos clave de 1979, la revolución iraní de febrero y la invasión soviética de Afganistán en diciembre. Si la guerra del verano de 2006 se adecua a una pauta y una narrativa histórica más antigua, ésta tiene tanto que ver con el proceso que se inició con la revolución iraní de 1979, como con el del conflicto árabe-israelí.

La emergencia de la “Crisis de la gran Asia occidental”

Hace más de dos décadas ya era evidente la conformación de esta “Gran Asia Occidental” y el establecimiento de las interconexiones que varios años después irían a tener efectos tan letales. A ella contribuyó la intervención israelí en el Líbano en 1978. Si bien, recordémoslo, pretendía únicamente asegurarse el territorio “hasta el Litani”, posteriormente llegó a abarcar prácticamente la totalidad del territorio libanés, prolongándose esta situación durante 22 años. Pero fue la revolución iraní del año siguiente, y el apoyo sostenido por parte de ese Estado a los chiíes libaneses, lo que convirtió la confrontación relativamente limitada entre Israel y el Líbano de 1978, en el conflicto duradero en el que se convertiría y del cual surgió el Hezbolá de hoy en día. Además, fue en esa guerra libanesa de la década de los ochenta en la que Irán y sus aliados libaneses se enfrentaron con significativos efectos políticos y militares, tanto contra Israel como contra Estados Unidos. Mientras tanto, al este de la región, el nuevo estado iraní se sometió a prueba y salió muy endurecido tras su guerra de ocho años con Irak, un régimen respaldado por Gran Bretaña y los Estados Unidos, así como por la Unión Soviética. Al mismo tiempo, Estados Unidos y sus aliados conservadores árabes, y –no lo olvidemos– con un poco de ayuda tanto de Israel como de Irán, ayudaban a formar a las guerrillas y asesinos de los mujahidin afganos, de los cuales surgirían Bin Laden y sus socios.

La originalidad de este actual conflicto es, en diversos aspectos, bastante evidente. En primer lugar, los protagonistas más importantes del lado árabe no son Estados, sino un grupo político armado,

La tendencia visible en varios países, es que esta creciente confrontación con Estados Unidos, Israel y sus aliados sea acompañada por conflictos entre diferentes facciones dentro del mismo Oriente Medio

Hezbollah, una organización que mostrará ser mucho más difícil para negociar, y para alcanzar cualquier acuerdo o tregua vinculante, a diferencia de lo ocurrido en guerras anteriores. En la guerra árabe-israelí anterior en la que participaron fuerzas no estatales significativas, la Guerra de 1948-1949, estas fueron simplemente aplastadas y dispersadas, ante los embates del nuevo Estado Israelí contra la sociedad palestina, y sólo reaparecieron dos décadas después como una fuerza independiente. En segundo lugar, y en la medida en que ciertos Estados están involucrados del lado de Hezbollah, como sin duda lo están en los casos de Siria e Irán, van a desarrollar su participación de una forma muy distinta a la de los Estados árabes en anteriores conflictos. Como resultó evidente en las declaraciones triunfalistas tras la guerra, por parte de los Presidentes Assad en Damasco y Ahmadinejad en Teherán, estos Estados no están principalmente interesados en armisticios, delimitaciones de fronteras o negociaciones de paz, sino en utilizar el conflicto libanés para negociar con Estados Unidos sobre otros asuntos, y para aumentar su legitimidad nacionalista y radical tanto en el ámbito doméstico como en la región en su conjunto.

La interconexión aparece en los tres niveles en los cuales opera la "Crisis de la Gran Asia Occidental": la política de los Estados, y de la manera más obvia Irán e Israel; la actuación de los actores transnacionales, como Hezbollah; y las reacciones, alarmadas y frecuentemente poco efectivas, de Estados Unidos. No existe ninguna relación directa, inmediata o de causa entre el papel de Irán dentro de Irak, donde su influencia es mucho mayor que la de Estados Unidos, la cuestión del enriquecimiento nuclear iraní, y su apoyo a Hezbollah (sobre el cual tanto israelíes como estadounidenses se muestran, si algo, bastante reservados) sino que todo forma parte de un impulso más amplio de Irán por ganar influencia regional y por la confrontación con Estados Unidos y sus principales aliados, Arabia Saudí, Egipto e Israel.

Aquí, sin embargo aparece aún otra dimensión de las actuales crisis, que es a la vez regional y autónoma, específicamente la tendencia visible en varios países para que esta creciente confrontación con Estados Unidos, Israel y sus aliados sea acompañada por conflictos entre diferentes facciones dentro del mismo Oriente Medio. Esto es evidente en Palestina, donde un conflicto entre Hamás y Fatah era inevitable desde las elecciones a comienzos del 2006, y en Líbano, donde la guerra del verano fue precedida y continuada mediante la confrontación, cuando no llegaba a ser un conflicto total, entre el bloque pro-sirio de Hezbollah y sus aliados, por un lado, y la alianza anti-siria de los maronitas, sunníes y sus aliados, por otro. En ambos casos contribuyen a la tensión las guerras regionales y las presiones externas, y también el apoyo dado por Estados Unidos a una parte del conflicto.

Irak y las relaciones entre sunnís y chiíes

No obstante, el más importante y ominoso conflicto intra-popular que acompaña a la “Crisis de la Gran Asia Occidental” tiene poco que ver con las maquinaciones de Washington o Israel, si bien las acciones de Estados Unidos, especialmente la invasión de Irak en marzo de 2003, ayudaron a precipitarla. Al mismo tiempo, es menos probable que los compromisos políticos pueda contenerla, como ha ocurrido con otras, ya que este conflicto gira alrededor de la expansión del conflicto abierto entre musulmanes chiíes y sunnís, en una forma radicalmente novedosa para el Oriente Medio. Esto es evidente ante todo en Irak, donde lo que empezó en el 2003 como una insurrección principalmente suní (junto con anteriores miembros del partido Baath) contra las fuerzas estadounidenses y sus aliados iraquíes se había convertido, a mediados del 2006, en un conflicto multidimensional en el que las fuerzas sunnís y chiíes se enfrentaban contra Estados Unidos, pero cada vez más entre ellos. Para principios del 2007, se estima que hasta dos millones de personas habrían sido desplazadas por la guerra intra-comunal. De estas personas internamente desplazadas, un millón seguirían en territorio iraquí y otro millón tuvo que recurrir al exilio, además de las docenas que habrían muerto cada día a causa de la violencia sectaria.

La guerra sectaria iraquí, además, tiene ecos en otras partes de la región: en los estados del Golfo, notablemente en Kuwait y Bahrein, empeoraron las relaciones entre las poblaciones chiíes y sunnís de esos Estados, que representan respectivamente un cuarto y la mitad de la población total. En el Líbano el avance continuo de Hezbolá durante y después de la guerra del verano de 2006 llevó a que se estableciesen relaciones más tensas con la población sunní, aunque no llegasen hasta el conflicto directo, al menos en principio. En Palestina, donde no hay chiíes, pero donde los sunnís admiran a Irán y reciben ayuda de este país, algunos partidarios de Fatah comenzaron, sin embargo, a denunciar a los partidarios de Hamás como chiíes a causa de sus estrechos vínculos con Irán.

En Siria estas cuestiones no son tan abiertas, pero no fue un secreto para nadie el que durante décadas la mayoría sunní de la población estaba resentida contra la elite, parcialmente chiíta, de los alauitas, representada en el partido Baath, que había controlado el país desde 1963. El único desafío directo que presentaron los sunnís contra el partido Baath, con la insurrección de los Hermanos Musulmanes, fue aplastado con gran brutalidad en 1982. Dos décadas más tarde los Hermanos Musulmanes, una vez más, habían logrado ganar una influencia considerable en el país, especialmente entre la clase media sunní, y serían los principales beneficiarios de cualquier crisis fatal del propio régimen. Ante estos antecedentes no sorprendió a nadie

Es posible prever que este conflicto entre sunníes y chiíes se convierta en la principal fractura regional en el próximo periodo

que algunos líderes árabes, notablemente los de Egipto, Jordania y Arabia Saudí comenzaran a advertir sobre los peligros del avance iraní y del poder chiíta, y que se presentaran a ellos mismos como el baluarte de los musulmanes “moderados” contra el avance de la alianza revolucionaria chiíta.

Al nivel en que se fue desarrollando en el 2006 y a comienzos de 2007, es posible prever que este conflicto entre sunníes y chiíes se convierta en la principal fractura regional en el próximo periodo, ante una retirada, sea al ritmo que sea, de las fuerzas estadounidenses de Irak, la militancia de los chiíes provocaría una respuesta suní. La forma que éste tomaría sería una combinación de un conflicto popular, inter-comunal, como ocurre en Irak, con rivalidades interestatales, sobre todo entre Irán y Arabia Saudí. Obviamente, el programa nuclear de Irán, y la perspectiva de que Teherán adquiriera armas nucleares, sirve para alimentar las sospechas de muchos Estados árabes y aumenta la posibilidad de que ellos también quieran seguir avanzando por el camino nuclear. Al mismo tiempo, es quizás relevante intentar no exagerar la interconexión de los acontecimientos regionales en este punto, incluso ante la “Crisis de la Gran Asia Occidental”. Por mucho que haya rivalidades entre clanes, tribus, y comunidades religiosas en Irak, ninguna de las mayores potencias extranjeras, y desde luego no Irán, Turquía, Arabia Saudí, Siria o Jordania, quieren ver la partición de Irak, ni tampoco quieren verse arrastrados en una confrontación directa a gran escala. Para hacer una comparación obvia: Israel podría atacar Irán para interrumpir sus programas nucleares, y Turquía podría enviar una pequeña fuerza al Norte de Irak, pero Arabia Saudí no desea embarcarse en una guerra contra Irán, y Turquía tampoco.

Sunníes y Chiíes: la modernidad del conflicto

El aumento de la rivalidad suní-chií, sobre todo en Irak, ha animado a muchos a mirar hacia atrás, hacia los siglos de rivalidad sectaria entre estos dos grupos en el mundo musulmán. Por esta razón, hubo quienes, a partir del análisis o de la retórica, argumentaron que este sectarismo ha estado subyacente desde hace mucho tiempo en la política de la región y que la violencia explícita de 2006 y 2007 fue un resultado del ascenso hasta la superficie de estos odios profundos y atávicos. Argumentos similares fueron escuchados, sin duda, respecto del surgimiento de otros sectarismos en épocas recientes, notablemente en la ex-Yugoslavia, y en Irlanda del Norte. Sin embargo, sobre este asunto es posible realizar otro análisis, uno que percibe el conflicto entre sunníes y chiíes como un proceso relativamente reciente, un producto de las políticas de las últimas décadas y, del crecimiento de la misma “Crisis del Gran Asia

Occidental”. Dentro de esta perspectiva, los orígenes del conflicto, y del conflicto árabe-persa en términos más generales, no descansan en antiguas hostilidades y agravios, sino en la historia moderna de la región, particularmente las formas en que las revoluciones gemelas de Irak en 1958 y en Irán en 1979 impusieron una dinámica de rivalidad y de inseguridad que explotaría en la guerra entre Irán e Irak de 1980 a 1988 y de nuevo a partir del 2003, esta vez dentro de Irak.

Apoyando esta posición “modernista”, se pueden presentar dos observaciones. En primer lugar, las verdaderas diferencias religiosas y teológicas entre los sunníes y los chiíes son pocas, mucho menores que las que existen entre católicos y protestantes dentro del Cristianismo. Además, son diferencias que giran no tanto sobre cuestiones de creencias o de interpretaciones de los textos sagrados, sino más bien respecto de las dos reclamaciones rivales respecto de la legitimidad y la sucesión tras la muerte del profeta Mahoma en el año 632. Los sunníes favorecen la tesis de los “sucesores” o los “califas”, mientras que los chiíes consideran que la sucesión debería recaer sobre el yerno del profeta, Ali, y a Hussein, el hijo de este último, y a aquellos que le siguieron. La muerte de Hussein en el año 661, en la batalla de Kerbala, a manos de Yazid, el califa omeya, es interpretada como el momento fundacional del chiísmo, al cual se refieren todas las posteriores legitimaciones históricas y las ceremonias de duelo anuales. Una de las mayores quejas de los sunníes contra los chiíes es que en sus mezquitas los predicadores maldicen a los primeros sucesores del Profeta, los califas reverenciados por los sunníes. Pero la división alrededor del siglo VII no justifica los principales conflictos del islamismo mundial a lo largo de los siglos, de la manera que lo hacen las guerras entre católicos y protestantes en la Edad Moderna temprana.

Hubo además formas de coexistencia e interacción entre las dos comunidades que encuentran pocas similitudes en Europa: así además de los frecuentes lazos matrimoniales entre las dos comunidades, en Irak y en otros lugares, incluso lugares de culto, que aunque asociados con una confesión, serían utilizados para propósitos religiosos por seguidores de otro grupo. Por ejemplo, la Mezquita Sayida Al Hussein en El Cairo, construida por los fatimíes, una dinastía chií medieval que gobernó Egipto en ese momento, es también reverenciada por los sunníes. En algunas ocasiones, el Presidente (sunni) de Egipto se dirige allí a orar. La Mezquita Omeya en Damasco, la más importante históricamente en el mundo sunní, tiene una sección dedicada a conmemorar a Hussein, a la cual los peregrinos chiíes peregrinan regularmente desde Irán.

Hubo además formas de coexistencia e interacción entre las dos comunidades de sunníes y chiíes que encuentran pocas similitudes en Europa

A pesar de las claras divisiones dentro de los países musulmanes, tanto religiosas como por comunidades, y siendo la proporción de la población chií de tan sólo un 10% respecto de la población musulmana mundial, es destacable la ausencia (hasta hace relativamente poco tiempo) de un conflicto real y directo entre los sunníes y los chiíes. Lo que ciertamente ha sido observado es el apoyo diferenciado de una y otra comunidad hacia temas como pueden ser: el nacionalismo árabe, el secularismo, o la revolución iraní. De ahí que se pueda afirmar que la lealtad de las diferentes comunidades está estrechamente vinculada a su postura política. Además, es posible identificar a elites gobernantes musulmanas concretamente como siendo chiíes o sunníes: siendo sunníes en la gran mayoría de los casos y chiíes en Irán, Yemen y Siria. Pero incluso en este punto, en el que un elemento sectario se ha incorporado claramente a la distribución del poder, no se han generado revueltas basadas exclusivamente en el sectarismo. De esta forma, en Irán los kurdos son principalmente sunníes, y esto indudablemente ha contribuido a su resistencia contra el Estado chií creado por Jomeini después de 1979. En Irak, los chiíes se alzaron en 1991 contra Saddam, pero esto se hizo conjuntamente con los kurdos, con una plataforma política principalmente nacional, incluso aunque Saddam respondió aplastando la rebelión bajo el eslogan de “La Shia Badd al Yaum”, “Sin chiíes desde hoy”. En el caso de Irak, el monopolio sunní fue parcialmente despedazado una vez, antes del 2003, por el primer presidente después de la revolución de 1958, Abd al Karim Oasim, quien era mitad suní, mitad chií, pero siendo percibido como más favorable a estos últimos.

Los conflictos abiertos más recientes, y la violencia sectaria entre sunníes y chiíes no tienen sus orígenes en el mundo árabe o en Irán, sino algo más hacia el este, en Pakistán y en Afganistán. En Pakistán, se convirtió durante la década de los setenta en parte de la ideología de grupos militantes sunníes vinculados con actividades de guerrilla en Cachemira, y más tarde en Afganistán, para promover la hostilidad hacia los chiíes; desde la década de los ochenta en adelante se realizaron ataques a mezquitas chiíes de forma casi regular en diferentes partes de Pakistán. Más tarde, en las guerras afganas de la década de 1980 y 1990, los grupos militantes sunníes que dominaron a los *mujahidin* afganos llegaron a atacar a los chiíes de Afganistán como enemigos de su causa. Sin embargo, dos décadas después este conflicto entre chiíes y sunníes se ha extendido de forma mucho más amplia a través de todo Oriente Medio, así mientras que no tiene un impacto inmediato en la cuestión árabe-israelí, sí afecta al Líbano, Siria y Jordania y tiene algunas consecuencias indirectas, al menos de manera retórica, para los propios palestinos.

Conclusión. Una partida aún más duradera

No se trata de que “todo”, es decir todos los conflictos, hayan sido fusionados en un único eje de violencia y rivalidad, sino más bien de que las formas de interacción entre diferentes conflictos se han estrechado y se han vuelto aún más complejas. Esto está claro sobre todo en relación con las implicaciones para la región de la guerra civil iraquí, y quizás, más significativamente, en las múltiples implicaciones que supone el programa nuclear iraní. Mientras este último es visto por Israel como una amenaza real a su supervivencia como Estado, una percepción en la cual la demagogia anti-israelí del presidente iraní Ahmadinejad no hace más que alimentar esta percepción. Del mismo modo, el programa nuclear iraní es visto por el mundo árabe, y especialmente en el Golfo, como dirigido contra ellos. Las políticas individuales o las acciones de un único Estado, o un grupo político y/o armado tienen en un contexto como éste múltiples consecuencias y podrían generar muchas respuestas. Es como si cada Estado o actor estuviera jugando en varios tableros de ajedrez al mismo tiempo.

La crisis de la “Gran Asia Occidental” es entonces más compleja, presenta múltiples capas, y será más duradera que cualquiera de las crisis, revoluciones o guerras individuales que han caracterizado a Oriente Medio desde la Segunda Guerra Mundial. Las actuales guerras de Asia Occidental suponen un conflicto triangular entre Irán y sus aliados radicales por una lado (Siria, los partidos chiíes de Irak, Hezbolá, Hamás), y por otro lado la insurgencia radical sunní en Irak, y en Al Qaeda, y Estados Unidos y sus aliados regionales en tercer lugar. En algunos casos, es el conflicto entre Irán y los Estados Unidos el que predomina, como en el caso del Líbano. En otros, como en Afganistán o Arabia Saudí es la dimensión entre suníes y Estados Unidos la que prima. Mientras que en Irak el conflicto triangular va tomando una forma cada vez más clara y más sangrienta, estando tanto los sunníes como los chiíes en contra de Estados Unidos, incluso mientras estas dos comunidades musulmanas se matan y atemorizan entre ellas. Es en este contexto multidimensional, en cierta forma más semejante a la Europa de 1914, que al recuerdo de guerras anteriores y bilaterales entre árabes e israelíes, en el que se debe interpretar el actual conflicto entre Israel y Hezbolá.

Dadas las pasiones y los intereses en juego, y la nueva complejidad de los acontecimientos, no debe sorprender que haya tan pocas soluciones propuestas. Al mismo tiempo, sean cuales fueran las soluciones parciales o incluso las medidas temporales disponibles y contempladas, no parece que el fin esté cerca. Es un Oriente Medio nuevo y ciertamente más interactivo, pero no el que muchos hubie-

ran deseado ver. No tiene sentido ahora preguntarse por quien ha ganado y quien ha perdido: esta partida es una de mucha mayor duración que las cuatro semanas en el sur del Líbano en 2006.

Traducido por Leandro Nagore